

**Bosquejos de los mensajes  
para el Entrenamiento de Tiempo Completo  
del semestre de otoño del 2010**

-----

**TEMA GENERAL:  
EXPERIMENTAR, DISFRUTAR Y EXPRESAR A CRISTO**

Mensaje tres

**En los Evangelios**

(3)

**Aquel cuyas obras son gobernadas por los cielos,  
nuestro Pastor, nuestro Reposo y el Sembrador**

Lectura bíblica: Mt. 9:20-22, 36; 11:28-30; 13:3, 18-23

**I. Cristo es revelado como Aquel cuyas obras son gobernadas por los cielos, lo cual representan los flecos de Su manto—Mt. 9:20-22:**

- A. El manto de Cristo representa las obras justas de Cristo, y los flecos de Su manto representan el gobierno celestial: “Habla a los hijos de Israel y diles que se hagan unos flecos en los bordes de sus vestidos, por sus generaciones; y pongan en cada fleco de los bordes un cordón de azul. Llevaréis esos flecos para que cuando lo veáis os acordéis de todos los mandamientos de Jehová. Así los pondréis por obra [...] para que seáis santos ante vuestro Dios”—Nm. 15:38-40:
  - 1. Un cordón denota algo que ata, y el color azul denota algo celestial.
  - 2. Por tanto, un cordón de azul denota que, como hijos de Dios, nuestra conducta y comportamiento deben ser hermosos y deben estar sujetos al gobierno, limitación y regulación celestiales, lo cual nos rige, gobierna y ata.
- B. El manto representa la virtud en el comportamiento humano; el manto del Señor representa Su comportamiento perfecto en Su humanidad, Su perfección humana llena de virtudes.
- C. En la virtud humana del Señor Jesús, se encontraba el poder sanador; por ello, cuando la mujer enferma tocó los flecos de Su manto, el poder de Su virtud salió hacia ella, y ella fue sanada.
- D. La virtud que llega a ser el poder sanador procede de las obras de Cristo, las cuales son gobernadas por los cielos—Mt. 14:36.
- E. Tocar el manto del Señor en realidad equivalía a tocarle en Su humanidad, en la cual Dios estaba corporificado (Col. 2:9); al ser tocado de esta manera, Su poder divino fue transfundido, mediante la perfección de Su humanidad, en quien le tocó, y dicho poder vino a ser la sanidad de ella (Lc. 8:45-48; He. 12:2a).
- F. El Dios que mora en luz inaccesible, llegó a ser tangible en el Salvador-Esclavo por medio de Su humanidad, para la salvación y disfrute de ella—2 Co. 4:13.
- G. La multitud que apretaba al Señor no recibió nada del Salvador-Esclavo, pero aquella mujer que le tocó sí recibió algo (véase *Hymns*, #559, la estrofa 2 y el coro).

**II. El Señor Jesús es nuestro Pastor, y nosotros somos Sus ovejas—Mt. 9:36; Is. 40:11; 53:6; Ez. 34:1-5, 11-15:**

- A. Él nos pastorea en la etapa inicial del disfrute que tenemos de Cristo como los pastos verdes y del Espíritu como las aguas de reposo—Sal. 23:1-2; 1 Ti. 1:4; Fil. 1:19b; Jn. 21:15; 1 Ts. 2:7; 1 Co. 12:13b.
- B. Él nos pastorea en la segunda etapa del avivamiento y la transformación en las sendas de justicia—Sal. 23:3; Ro. 12:2; Jn. 7:38; Ro. 8:4.
- C. Él nos pastorea en la tercera etapa de la experiencia de la presencia del Cristo resucitado y pneumático mientras andamos por el valle de sombra de muerte—Sal. 23:4; 2 Ti. 4:22; 2 Co. 12:7-10.
- D. Él nos pastorea en la cuarta etapa del disfrute más profundo y elevado que tenemos del Cristo resucitado—Sal. 23:5:
  - 1. El Señor prepara una mesa delante de nosotros en presencia de nuestros adversarios—v. 5a; cfr. 2 S. 4:4; 9:7, 13; Gn. 14:18-20; Neh. 4:17.
  - 2. El Señor unge nuestra cabeza con aceite, y nuestra copa está rebosando—Sal. 23:5b; He. 1:9; 1 Co. 10:16a, 21.
  - 3. En Salmos 23:5 tenemos al Dios Triuno: el Hijo como el banquete, el Espíritu como el aceite que unge y el Padre como la fuente de bendición.
- E. Él nos pastorea en la quinta etapa del disfrute que tenemos de la bondad y misericordia divinas en la casa de Jehová por el resto de nuestros días—v. 6:
  - 1. Al experimentar el pastoreo orgánico del Cristo pneumático, la bondad y la misericordia nos seguirán todos los días de nuestra vida, y moraremos en la casa de Jehová por largos días—v. 6:
    - a. La *bondad* se refiere a la gracia de Cristo, la *misericordia* se refiere al amor del Padre y *seguirán* implica la comunión del Espíritu; por lo tanto, la gracia del Hijo, el amor del Padre y la comunión del Espíritu están con nosotros—2 Co. 13:14.
    - b. El disfrute del Dios Triuno procesado y consumado nos introduce en el disfrute de Dios en la casa de Dios (Cristo, la iglesia y la Nueva Jerusalén, Jn. 1:14; 2:21; 1 Ti. 3:15-16; Ef. 2:22; Ap. 21:2-3, 22) por largos días (en la era presente, en la era venidera y por la eternidad).
  - 2. Debemos procurar morar en la casa de Dios todos los días de nuestra vida—Sal. 27:4-8:
    - a. Para contemplar la hermosura (la belleza, afabilidad, encanto) de Dios—vs. 4a, 8; 2 Co. 3:18.
    - b. Para buscar a Dios, o sea, para preguntarle a Dios sobre todos los asuntos de nuestra vida diaria—Sal. 27:4b; cfr. Jos. 9:14.
    - c. Para que Dios nos esconda en Su tabernáculo y nos oculte en lo reservado de la morada de Dios—Sal. 27:5a; 31:20.
    - d. Para que Dios nos ponga en alto y levante nuestra cabeza—27:5b-6a.
    - e. Para ofrecer sacrificios de júbilo, cantando y entonando salmos a Dios para la gloria de Dios—v. 6b; He. 13:15; Fil. 2:11.

### III. El Señor Jesús es nuestro reposo—Mt. 11:28-30:

- A. “Venid a Mí todos los que trabajáis arduamente y estáis cargados, y Yo os haré descansar”—v. 28:
  - 1. El trabajo arduo mencionado aquí se refiere no sólo al duro esfuerzo por guardar los mandamientos de la ley y los preceptos religiosos, sino también al duro esfuerzo por tener éxito en cualquier obra; todo aquel que labore así, está siempre agobiado.

2. El descanso no sólo se refiere a ser librado del trabajo y de la carga bajo la ley o la religión o bajo cualquier clase de trabajo o responsabilidad, sino también a tener perfecta paz y plena satisfacción.
- B. “Tomad sobre vosotros Mi yugo, y aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas; porque Mi yugo es fácil, y ligera Mi carga”—vs. 29-30:
1. Tomar el yugo del Señor es aceptar la voluntad del Padre; no consiste en ser regulado ni controlado por alguna obra, sino en ser constreñido por la voluntad del Padre.
  2. El Señor vivió tal vida, sin ocuparse de otra cosa que no fuese la voluntad de Su Padre (Jn. 4:34; 5:30; 6:38); se sometió plenamente a la voluntad del Padre (Mt. 26:39, 42); por lo tanto, nos pide que aprendamos de Él.
  3. Aprender de Él no significa imitarlo externamente, sino copiar al Señor en nuestro espíritu al tomar Su yugo, la voluntad de Dios; la voluntad de Dios debe uncirnos y nosotros debemos meter nuestro cuello en este yugo para llegar a ser Su réplica—1 P. 2:21.
  4. El descanso que encontramos al tomar el yugo del Señor y al aprender de Él, es un descanso para nuestras almas; es un descanso interior y no algo meramente exterior en naturaleza.
  5. El yugo del Señor es la voluntad del Padre, y Su carga es la obra de llevar a cabo la voluntad del Padre; tal yugo es fácil (bueno, benévolo, benigno, suave y placentero, en contraste con duro, tosco, severo, gravoso), y tal carga es ligera, no pesada.

**IV. El Sembrador es la maravillosa persona del Señor Jesús, y la semilla sembrada es también el Señor mismo como la corporificación del Dios Triuno—Mt. 13:3, 18-23:**

- A. Es necesario ver la visión de Cristo, el Sembrador, quien se siembra a Sí mismo como la semilla de vida en los seres humanos; esta visión es el meollo mismo del recobro del Señor, pues está relacionada con el deseo que el Señor tiene en Su corazón.
- B. Él desea entrar en nosotros, Su pueblo escogido, para ser nuestra vida al mezclarse con nosotros, de modo que Él mismo llegue a ser nuestro elemento y nosotros lleguemos a ser Su expresión.
- C. Los creyentes, quienes fueron regenerados en Cristo con la vida de Dios, son la tierra cultivada de Dios, una labranza en la nueva creación de Dios donde se cultiva a Cristo a fin de que se produzcan los materiales preciosos para el edificio de Dios—1 Co. 3:9, 12a.
- D. Conforme a la Biblia, el crecimiento equivale a la edificación; esto ocurre a medida que la semilla divina de vida crece en nosotros—1 Jn. 3:9; Col. 2:19; Ef. 4:15-16.
- E. Efesios 3:17 revela que el Dios Triuno ha entrado en nosotros para realizar una obra de edificación, en la cual Él mismo es el elemento y una parte de nosotros es el material; vemos un cuadro de esto en la parábola del sembrador que se encuentra en Mateo 13:
  1. El Señor se siembra a Sí mismo como la semilla divina en los corazones de los hombres, la tierra, a fin de poder crecer y vivir en ellos, y expresarse desde el interior de ellos—v. 3.

2. La semilla es sembrada en la tierra para crecer con los nutrientes de la tierra; como resultado, el fruto producido está compuesto de los elementos tanto de la semilla como de la tierra—v. 23.
3. Nosotros tenemos dentro de nuestro ser ciertos nutrientes creados por Dios, los cuales fueron una preparación para que Él pudiera entrar en nosotros y crecer en nosotros; Dios creó el espíritu humano con los nutrientes humanos junto con el corazón humano para que fuesen la tierra apta para la semilla divina—1 P. 3:4.
4. La rapidez con la cual crecemos en vida no depende de la semilla divina, sino de la cantidad de nutrientes que nosotros le proveamos a esta semilla; cuanto más nutrientes le suministremos, más rápido crecerá y más florecerá—Mt. 5:3, 8.
5. Si permanecemos en nuestra alma, en nuestro hombre natural, no suministramos ningún nutriente para el crecimiento de la semilla divina, pero si somos fortalecidos en nuestro hombre interior y prestamos atención a nuestro espíritu y lo ejercitamos, los nutrientes serán suministrados y Cristo podrá hacer Su hogar en nuestros corazones—Ef. 3:16-17; Ro. 8:6; 1 Ti. 4:7; cfr. Jud. 19.
6. Si deseamos que el Señor como la semilla de vida crezca en nosotros hasta ser nuestro pleno disfrute, es preciso que nos abramos completamente al Señor y cooperemos con Él para que purifique completamente nuestro corazón—Mt. 13:3-9, 18-23.
7. Por un lado, Dios nos fortalece consigo mismo como el elemento y, por otro, nosotros proveemos los nutrientes; por medio de estas dos cosas Dios en Cristo lleva a cabo Su obra intrínseca de edificación —la edificación de Su hogar— en todo nuestro ser.